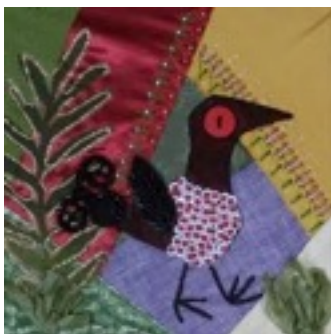


Yanis Varoufakis

Confesiones de un marxista errático en medio de una crisis europea repugnante



En Mayo 2013 tuve el placer de hablar ante el 6º Festival Subversivo de Zagreb sobre este tema. El esquema usado en mi charla fue publicado en esa fecha. Finalmente ahora he conseguido escribir la conferencia entera y desarrollar significativamente algunos puntos. [1]

Europa está experimentando un desplome, que difiere substancialmente de una recesión capitalista « normal » superable mediante una reducción de salarios que ayude a restablecer los beneficios. Ese deslizamiento duradero, a largo plazo, hacia una depresión asimétrica y una desintegración monetaria pone a la izquierda radical frente a un terrible dilema : ¿deberíamos aprovechar esta profunda crisis capitalista —esas que se dan una vez por siglo— como una oportunidad para promover el desmantelamiento de la Unión Europea, dada la adhesión entusiasta de ésta al credo y a las políticas neoliberales? ¿O deberíamos aceptar que la izquierda no está preparada para un cambio radical, y promover, en cambio, la estabilización del capitalismo europeo? Este trabajo argumenta que, por poco atractiva que pueda sonar esta última proposición a los oídos de un pensador radical, el deber histórico de la izquierda, en esta coyuntura particular, es estabilizar el capitalismo; salvar al capitalismo europeo de sí mismo y de los inanes dirigentes que llevan inexorablemente a la catástrofe a la eurozona. A partir de su experiencia personal y de su propia trayectoria intelectual, el autor explica por qué Marx debe continuar ocupando un lugar central en nuestro análisis del capitalismo, pero también por qué debemos ser erráticos en nuestro marxismo. Además, el trabajo explica por qué un análisis marxista de ambas cosas, del capitalismo europeo y de las condiciones actuales de la izquierda, nos obliga a trabajar a favor de una coalición mas amplia, incluso con fuerzas de derecha, con el objetivo de resolver la crisis de la eurozona y estabilizar la Unión Europea. Sugiero, en suma, en este trabajo que, en el contexto de la calamidad europea, los radicales deberíamos esforzarnos por minimizar el sacrificio humano reforzando las instituciones publicas de Europa y, así, ganando tiempo y espacio para desarrollar una alternativa genuinamente humanista.

Introducción: una confesión radical

El capitalismo conoció su segundo espasmo global en 2008, desencadenando una reacción que llevó a Europa a una espiral que amenaza con engullir a los europeos en una vorágine de depresión, cinismo, desintegración y misantropía poco menos que permanentes.

Durante los últimos tres años he tenido la oportunidad de hablar ante las audiencias más diversas sobre el dilema europeo. Ante miles de manifestantes antiausteridad en la Plaza Sintagma de Atenas, ante personal del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, ante los diputados verdes de Nueva York, ante escolares en suburbios pobres griegos y norteamericanos, ante los diputados del Parlamento de Londres, con los activistas de Syriza en Tesalónica, ante fondos de riesgo en Manhattan y en la City de Londres: es tan larga la lista, como persistente es el abandono, por parte de los dirigentes europeos, del humanismo y la razón. A pesar de la extremada diversidad de la audiencia, mi mensaje ha sido consistente: la crisis actual de Europa no es meramente una amenaza para los trabajadores, los desposeídos, los banqueros, los grupos particulares, clases sociales o, incluso, naciones. No; las políticas dominantes hoy en Europa constituyen una amenaza para la civilización tal como la conocemos.

Si mi pronóstico es correcto y la crisis europea no es sólo una recesión cíclica más que se corregirá no bien la tasa beneficio se recupere tras el inevitable recorte salarial, la cuestión que se le plantea a la izquierda radical es la siguiente: ¿tenemos que alegrarnos de este hundimiento global del capitalismo europeo y aprovecharlo como una oportunidad para substituir el capitalismo por un sistema mejor? ¿O debería, al contrario, llenarnos de preocupación y obligarnos a una campaña a favor de la estabilización del capitalismo europeo? Mi respuesta ha sido inequívoca durante los últimos tres años, y la naturaleza de esa respuesta la revela la enorme diversidad de la lista, antes mencionada, de las audiencias sobre las que he intentado influir. Según yo veo las cosas, la crisis europea no está en proceso de gestación de una alternativa progresista, sino preñada por fuerzas radicalmente regresivas con capacidad para causar un inhumano baño de sangre y de cegar por varias generaciones las esperanzas de cualquier movimiento progresista.

Por tener y manifestar esas opiniones he sido acusado por voces radicales bien intencionadas de “derrotista”; de tardío menchevique que no se cansa de luchar por objetivos que tienden a salvar el indefendible sistema socioeconómico actual. Un sistema que representa, precisamente, todo lo que un radical de izquierda debería condenar y combatir: una Unión Europea transnacional antidemocrática, irreversiblemente neoliberal, extraordinariamente irracional, una UE que ha perdido prácticamente toda capacidad de evolucionar hacia una comunidad genuinamente humanista en la que las naciones europeas puedan respirar, vivir y desarrollarse. Debo confesar que esta crítica hace daño. Y me duele, porque contiene bastante más que un adarme de verdad.

Comparto desde luego el punto de vista de que la Unión Europea es un cártel fundamentalmente antidemocrático e irracional, que ha llevado a los pueblos de Europa por el camino de la misantropía, el conflicto y la recesión permanente. También suscribo la observación crítica de que yo he hecho campaña por un programa fundado en el supuesto de que la izquierda ha sido claramente derrotada. De modo que, sí, por supuesto, he de reconocer que habría deseado que mi campaña hubiera sido de otro tipo: haría más me habría gustado a mí promover un programa radical, cuya razón de ser fuera reemplazar el capitalismo europeo por un sistema diferente, más racional; y no tener que hacer campaña por la estabilización de un capitalismo europeo que no cuadra con mi concepción de lo que es una Sociedad Buena.

Llegados a este punto, acaso sea pertinente hacer una confesión secundaria: confesar que...las confesiones tienden a ponerse al servicio de uno mismo. Desde luego, las confesiones están siempre cerca de lo que John von Neumann dijo una vez de Robert Oppenheimer al oír que su antiguo director en el Proyecto Manhattan se había convertido en un activista antinuclear confesando estar avergonzado de su contribución a la carnicería de Hiroshima y Nagasaki. Estas fueron las cáusticas palabras de Von Neumann :

« Confiesa el pecado para ganar la gloria »

Afortunadamente, no soy Oppenheimer; no será demasiado difícil evitar la autopromoción mediante la confesión de varios pecados. Mi confesión será más bien como un ventana desde que examinar minuciosamente mi punto de vista sobre un capitalismo europeo repugnante, afligido por la crisis y profundamente irracional, cuya implosión, a pesar de sus muchos defectos, debería evitarse a toda costa. Es una confesión con la que convencer a la izquierda radical de que tenemos una misión contradictoria: evitar la caída libre del capitalismo europeo para ganar el tiempo necesario para formular su alternativa.

¿Por qué Marxista?

Cuando elegí mi tesis doctoral, en 1982, elegí un tema muy matemático para el que el pensamiento de Marx era manifiestamente irrelevante. Cuando, más tarde, empecé una carrera académica como profesor en departamentos de economía convencional, el contrato tácito con los departamentos que me ofrecieron un cargo era el de enseñar el tipo de teoría económica que no da cabida a Marx. A finales de los años 80, sin tener conocimiento de ello, fui reclutado por el Departamento de Economía de la Universidad de Sídney para liquidar al candidato de la izquierda. Más tarde, cuando regresé a Grecia en 2000, aposté por George Papandreu, con la esperanza de ayudar a evitar el retorno al poder de una derecha recalcada, empeñada en hacer retroceder a Grecia por el camino de la xenofobia (tanto en política interior, con la represión de los trabajadores inmigrados, como en relación con la política exterior). Como sabe todo el mundo, el partido de Papandreu no solamente fracasó en frenar la xenofobia, sino que, al final, puso por obra la más virulenta de las políticas

macroeconómicas liberales, punta de lanza de los llamados rescates de la eurozona, causando así, involuntariamente, el retorno de los nazis a las calles de Atenas. A pesar de haber dimitido como asesor de Papandreu a principios del 2000 y de haberme convertido en el más acérrimo de sus críticos por su mala gestión de la implosión griega posterior a 2009, mis intervenciones en el debate público sobre Grecia y Europa (verbigracia, la [Modesta proposición para resolver la crisis de la Eurozona](#), de la que fui coautor y que he promovido) no contienen ni una pizca de marxismo.

Vista esta larga travesía académica y los debates políticos sobre Europa, puede resultar asombroso verme salir del armario como marxista. Estos pronunciamientos no me salen de una forma natural. Desearía evitar las hétero-definiciones (es decir, ser definido por una visión del mundo y un método ajenos). Marxista, hegeliano, keynesiano, humeano...: tengo una tendencia natural a decir que no soy nada de eso. Que me he pasado la vida intentando llegar a ser una abeja del enjambre de Francis Bacon : una criatura que recoge el néctar de millones de flores y lo convierte, en su intestino, en algo nuevo, algo propio, algo que tiene mucho de cada brote pero que no es definido por ninguna flor individual. Por desgracia, esto distaría por mucho de la verdad, y no casaría con el comienzo de una...confesión.

En realidad, Karl Marx es responsable de haber encuadrado mi perspectiva del mundo en el que vivimos, desde mi infancia hasta hoy. Es algo de lo que prefiero no hablar mucho en la "buena sociedad" en estos tiempos, porque la sola mención de la palabra Marx espanta a la audiencia. Pero tampoco lo he negado jamás. Ello es que, después de algunos años de dirigirme a audiencias con las que no comparto la ideología ambiente, me ha entrado últimamente la necesidad de hablar con franqueza sobre la impronta de Marx en mi pensamiento. De explicar cómo, a pesar de ser un marxista no apologético, creo que es importante lidiar con él de varias formas. En otras palabras, ser errático en tu propio marxismo.

Si durante toda mi carrera académica he ignorado casi completamente a Marx y mis actuales recomendaciones políticas no pueden describirse como marxistas, ¿a qué viene sacar ahora a colación mi marxismo? La respuesta es sencilla: incluso mi economía no marxista estuvo guiada por una mentalidad fuertemente influida por Marx. Siempre he pensado que un teórico social radical puede desafiar a la economía convencional de dos formas distintas. Una, mediante la *crítica inmanente*: aceptar los axiomas convencionales y luego exponer sus contradicciones internas. Decir: "No pondré en duda tus supuestos, pero he aquí por qué tus propias conclusiones no se desprenden lógicamente de ellos" . Este fue ciertamente el método de Marx para socavar la economía política británica. Aceptó todos los axiomas de Adam Smith y David Ricardo para demostrar que, en el contexto de *sus* supuestos, el capitalismo era un sistema incongruente. El segundo camino que los teóricos radicales pueden seguir es, claro está, el de la construcción de teorías alternativas a las del *establishment*, con la esperanza de que serán tomadas en serio (que es lo que los economistas marxistas de finales del siglo XX han venido haciendo).

Mi punto de vista sobre este dilema ha sido siempre que las autoridades establecidas no se preocupan de teorías construidas con supuestos diferentes de las suyas. Ningún economista establecido prestará la menor atención a un modelo marxista o neo-ricardiano en estos tiempos. La única cosa que puede desestabilizar y verdaderamente desafiar a los economistas convencionales, neoclásicos, es la demostración de la inconsistencia interna de sus propios modelos. Fue por esta razón que, desde el principio, escogí meterme en los "intestinos" de la teoría neoclásica y no gastar energías en intentar desarrollar modelos de capitalismo alternativos, marxistas. Mis razones, que hje expuesto en otra parte [2], eran bastante...marxistas.

Cuando fui invitado a hablar del mundo en que vivimos, en vivo contraste con el funcionamiento del mismo que pinta la ideología dominante, no tuve otra alternativa que echar mano de la tradición marxista que ha conformado mi pensamiento desde que mi padre, metalúrgico, me trasladó, siendo yo todavía un niño, los efectos del cambio tecnológico y de la innovación en el proceso histórico. Como, por ejemplo, que el paso de la edad del bronce a la del hierro aceleró la historia; como que el descubrimiento del acero multiplicó el tiempo histórico por un factor de diez; o como que las tecnologías IT basadas en el silicio están fomentando las discontinuidades socio-económicas e históricas .

Este triunfo constante de la razón humana sobre nuestros medios tecnológicos y sobre nuestra naturaleza, que también sirve periódicamente para poner en evidencia el atraso de nuestras convenciones sociales y nuestras relaciones, es una percepción irremplazable que debo a Marx. Su perspectiva del materialismo histórico se vio reforzada de la manera más interesante e imprevista. Cualquiera que haya visto un episodio de *Star Trek Voyager* titulado « Un guiño de ojo » reconocerá

una hermosa descripción, de cuarenta y cinco minutos, del materialismo histórico en funcionamiento ; una sorprendente narración del proceso por el cual el desarrollo de los medios de producción engendra avances tecnológicos que debilitan constantemente la superstición y crea aceleraciones históricas, no lineales, y origina nuevos estadios de civilización.

Mi primer encuentro con los textos de Marx ocurrió muy pronto, como resultado de los extraños tiempos en que crecí, con Grecia saliendo de la pesadilla de la dictadura neo-fascista de 1967-74. Lo que me llamó la atención fue el don insuperable, fascinante, de Marx para escribir un guión dramático de la historia humana, o de la condena humana, ligado a una posibilidad muy real de salvación y auténtica espiritualidad. Leyendo líneas como...

“la moderna sociedad burguesa con sus relaciones de producción , de intercambio y propiedad, una sociedad que ha creado, como de la nada, unos medios de producción y de intercambio tan gigantescos, es como el brujo que ya no es capaz de controlar los poderes del mundo subterráneo que ha conjurado con sus hechizos” (El Manifiesto del partido comunista, 1848)

....fue como encontrarse con una reunión de, por una parte, el Dr. Fausto y el Dr. Frankenstein y, de otra, de Adam Smith y David Ricardo, creando una narración poblada de personajes (trabajadores, capitalistas, funcionarios, científicos) que eran los protagonistas de la Historia, actores que luchaban para utilizar la razón y la ciencia a fin de dar poder a la sociedad, mientras que, contrariamente a sus intenciones, desencadenaban fuerzas demoníacas que usurpaban y subvertían su propia libertad y humanidad.

Esta perspectiva dialéctica en la que todo está impregnado de su opuesto, y la clarividencia con la que Marx discernió el potencial de cambio en las estructuras sociales aparentemente más constantes e inmóviles, me ayudaron a entender las grandes contradicciones de la era capitalista. Destruyó la paradoja de una época que generó una riqueza colosal y, al mismo tiempo, la pobreza más conspicua. Actualmente, volviendo a la crisis europea, a la crisis de liquidez en Estados Unidos, al estancamiento a largo plazo del capitalismo japonés, muchos observadores no se dan cuenta del proceso dialéctico que tienen bajo sus narices. Reconocen la montaña de deudas y de pérdidas bancarias pero descuidan la otra cara de la misma moneda, su antítesis: la montaña de ahorros inútiles que están “congelados” por miedo, con lo que no se convierten en inversiones productivas. Una lucidez marxista respecto a las oposiciones binarias podría haber abierto sus ojos...

Una de las principales razones por las que la opinión establecida no consigue aprehender la realidad contemporánea es que nunca ha entendido la tensión dialéctica entre “producción conjunta” de deudas y superávits, de crecimiento y desempleo, de riqueza y pobreza, de espiritualidad y depravación, sobretodo del bien y del mal, de nuevas formas de placer y nuevas formas de esclavitud; de esta mezcla de oposiciones binarias sobre las que el dramático texto de Marx nos alertó y que están en la raíz de la astucia de la Historia.

Desde mis primeros pasos intelectuales como economista hasta hoy en día, he pensado que Marx hizo un “descubrimiento” que debe permanecer en el centro de cualquier análisis útil del capitalismo. Se trata, naturalmente, del descubrimiento de otra oposición binaria en el interior profundo del trabajo humano. Entre las dos “naturalezas” completamente distintas del trabajo: (i) el trabajo como actividad creadora de valor (“aventadora del fuego”), que nunca puede ser especificada o cuantificada por adelantado (y que, por lo mismo, resulta imposible de mercantilizar); y (ii) el trabajo como cantidad (verbigracia: como número de horas trabajadas) que se vende y tiene un precio. Eso es lo que distingue al trabajo de los demás insumos productivos, como la electricidad: su naturaleza gemela y contradictoria. Una diferencia/contradicción que la economía política ignoró antes de Marx y que la economía convencional actual se niega categóricamente a reconocer.

Tanto la electricidad como el trabajo pueden considerarse como mercancías. Es más, tanto los patronos como los trabajadores pugnan por la mercantilización del trabajo. Los patronos utilizan todo su ingenio y el de sus directores de recursos humanos para cuantificar, medir y homogeneizar el trabajo. Entretanto, los trabajadores potenciales, intentando ansiosamente convertir en mercancía su fuerza de trabajo, pasan por interrogatorios y escriben y reescriben sus CVs. para presentarse a sí mismos como portadores de unidades cuantificables de trabajo. ¡Y aquí está la trampa! Porque si trabajadores y patronos consiguieran mercantilizar totalmente el trabajo, el capitalismo moriría. Es esta una visión profunda de las cosas, sin comprender la cual no se entenderá nunca cabalmente la tendencia del capitalismo a generar crisis. Y no se puede acceder a esa visión sin familiarizarse, ya sea un poquito, con el pensamiento de Marx.

La ciencia ficción se convierte en documental

En la película clásica *La invasión de los ladrones de cuerpos* (1953), las fuerzas extraterrestres no nos atacan directamente, como, por ejemplo, en *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Por el contrario, se apoderan de los humanos desde dentro, hasta que no queda nada de su espíritu humano y de sus emociones. Lo único que queda son sus cuerpos, conchas que contenían una voluntad libre y en las que ahora el trabajo circula a través de los movimientos de la « vida » diaria y funcionan como un simulacro « liberado » de las rarezas no cuantificables de la naturaleza humana. Este proceso equivale a la transformación necesaria para convertir el trabajo humano en un insumo no distinto de las semillas, la electricidad, incluso los robots. En lenguaje moderno, es lo que habría ocurrido si el trabajo humano hubiera podido ser perfectamente reducido a capital humano y, de esta forma, perfectamente pasible de ser insertado en los vulgares modelos de los economistas.

Pensemos en ello: toda teoría económica que considera los insumos productivos, humanos y no humanos, como cantidades intercambiables y cualitativamente equivalentes, asume que la deshumanización del trabajo humano es completa. Pero si *alguna vez* pudiera llegar a ser completa, el resultado sería el fin del capitalismo como sistema capaz de crear y distribuir valor. Para empezar, una sociedad de simulacros deshumanizados, de autómatas, se parecería a un reloj mecánico lleno de eslabones y resortes, cada uno con su propia y única función, produciendo conjuntamente un “bien”: dar la hora. Pero si esta sociedad no contuviera nada más que otros autómatas, dar la hora no sería un “bien”. Sería desde luego un “producto” pero, ¿por qué un “bien”? Sin humanos reales para experimentar la función del reloj, no puede haber nada que sea un “bien” o un “mal”. Una “sociedad” de autómatas rebosaría, como el reloj mecánico o algún circuito integrado, de partes en funcionamiento, mostrando una *función*, pero no algo que pueda ser útilmente descrito como “bien” o “mal”, ni desde luego como “valor”.

Así pues, para recapitular, si el capital consiguiera alguna vez cuantificar y, por consiguiente, convertir el trabajo completamente en mercancía, como busca sin desmayo hacer, también destruiría esta indeterminada y recalcitrante libertad humana que, insita en el trabajo, permite la generación de valor. La brillante visión de Marx de la esencia de las crisis del capitalismo fue precisamente ésta: cuanto mayor sea el éxito del capitalismo en punto a convertir el trabajo en mercancía, menor será el valor por unidad de cada producto generado, más baja la tasa de beneficio y, eventualmente, más cercana la próxima y desagradable recesión del sistema económico. La visión de la libertad humana como una *categoría económica* es única en Marx, y es lo que hace posible una interpretación distintivamente dramática y analíticamente penetrante de la propensión del capitalismo a sacar recesiones y aun depresiones de las fauces del “crecimiento”.

Cuando Marx escribió sobre el trabajo como fuego vivo forjador, sobre la transitoriedad de las cosas, sobre su temporalidad, realizó la mayor contribución que cualquier economista haya hecho jamás a nuestra comprensión de la aguda contradicción insita en el DNA del capitalismo. Cuando describe el capital como una “...fuerza a la que debemos someternos.....(que) desarrolla una energía cosmopolita y universal que rompe todos los límites y vínculos y se presenta como la única política, la única universalidad, el único límite y el único vínculo” [3] pone en evidencia la realidad de que el trabajo puede ser comprado por el capital líquido (p. ej. dinero) en su forma de mercancía, pero que siempre acarreará consigo una voluntad hostil al comprador capitalista. Pero Marx no estaba haciendo tan solo una declaración psicológica, filosófica o política. Estaba, antes bien, ofreciendo un análisis extraordinario del hecho de que, desaparecida esa hostilidad del trabajo (como actividad no cuantificable), el trabajo se vuelve estéril, incapaz de producir valor.

Ahora que los neoliberales han conseguido atrapar a la mayoría en sus tentáculos teóricos, regurgitando sin cesar la ideología de reforzar la productividad del trabajo a fin de reforzar la competitividad a fin de crear “crecimiento”, etc., el análisis de Marx ofrece un poderoso antídoto. El capital no puede ganar nunca su batalla por convertir el trabajo en un insumo infinitamente elástico, mecanizado, sin destruirse a sí mismo. ¡Eso es lo que ni los neoliberales ni los keynesianos entenderán jamás! “Si la entera clase de trabajadores asalariados fuera aniquilada por la maquinaria”, escribió Marx, “la cosa resultaría terrible para un capital, que, sin trabajo asalariado, deja de ser capital!” [4] Cuanto más se acerca el capital a su “victoria final” sobre el trabajo, más se parece nuestra sociedad a otra película de ciencia ficción. Una vislumbrada por... sí, el propio Marx: *Matrix*.

Lo que hace única a *Matrix* es que, en ella, la rebelión de nuestros artefactos no era simplemente un caso de creadoricidio. A diferencia de *Thing*, de Frankenstein, que ataca la irracionalidad de los humanos surgida de su ansiedad existencial, o a diferencia de las máquinas de las series de

Terminator, que quieren únicamente exterminar a todos los humanos para consolidar su dominio futuro del planeta, ocurre en *Matrix* que el imperio emergente de las máquinas procura *preservar* la vida humana para sus propios fines: mantenernos vivos como *materia prima*. El *Homo sapiens*, a pesar de que inventó la esclavitud humana y a pesar de nuestro historial sin paralelo en punto a infligir horrores indecibles a nuestros semejantes, no hubiera podido ni siquiera imaginar el vil papel que las máquinas le asignan en *Matrix*: atados a artilugios que nos inmovilizan para ahorrar energía, las máquinas nos alimentan a la fuerza con una mezcla nauseabunda de nutrientes apropiados para la máxima generación de energía.

Sin embargo, las máquinas descubrieron pronto que los humanos no duraban mucho tiempo cuando se rompía su espíritu y se les privaba atrozmente de libertad. Nuestra curiosa necesidad de libertad amenazaba, así, la eficacia de sus centrales humanas de energía. Por lo tanto, las máquinas nos obligaron a lo que Marx llamaría una “falsa consciencia”. Instilaron no sólo nutrientes en nuestros cuerpos, sino también, en nuestras mentes, esas ilusiones tan ansiadas por nuestro espíritu. De forma ingeniosa insertaron en nuestro cráneo electrodos con los que alimentaban directamente en nuestro cerebro una vida *virtual* que, aunque horrorosamente *real*, pudiéramos soportar como humanos. Mientras que nuestros cuerpos estaban todavía brutalmente enchufados a sus generadores de energía, alimentándolos con electricidad generada por el calor de nuestros cuerpos, el programa informático de las máquinas, conocido como *Matrix*, llenaba nuestras mentes con una vida imaginaria e ilusoria, bien que muy “real” y “normal”. De esta suerte, nuestros cuerpos, olvidadizos de la realidad, podían vivir durante décadas, siendo de gran utilidad para las máquinas responsables de generar energía suficiente para sostener su nuevo mundo. El olvido humano demostró ser un factor crucial de producción en la *Economía de Matrix*.

“Las máquinas han adquirido el poder de gobernar sobre el trabajo humano y sus productos” [5]. Así describía Marx el “surgimiento de las máquinas”, como un cruce entre una antigua tragedia griega y una shakesperiana, desarrollada en el trasfondo de una revolución industrial en la que unos pocos poseían las máquinas y otros muchos trabajaban para ellos. El punto de vista de Marx era que, en el universo del capital, ya somos transhumanos. *Matrix* no es futurología. ¡Hace ya tiempo que forma parte de nuestra realidad! Es un excelente documental de *nuestra era* o, para ser más precisos, de la tendencia de nuestra era a purgar del trabajo humano todas aquellas características que le impiden llegar a ser completamente flexible, perfectamente cuantificable, infinitamente divisible. En cuanto a Marx, su papel fue el de suministrarnos la opción de la “píldora roja”; [6] una posibilidad de mirar de frente, sin las reconfortantes ilusiones de la ideología burguesa, la horrible realidad de un sistema que produce crisis y privaciones de forma espontánea, con diseño, ciertamente, y no por accidente.

Tomemos cualquier manual de gestión, cualquier artículo académico sobre la economía de la educación, cualquier trabajo salido de la Unión Europea sobre formación, escuelas, universidades, programas de incremento de la productividad, competencia, etc. Inmediatamente se reconoce que estamos ya viviendo en nuestra propia versión de *Matrix*. Los esfuerzos inexorables del capital para cuantificar y usurpar el trabajo han infectado todos estos documentos, que están patrocinando una sociedad en la que la gente aspira a convertirse en autómatas. Una ideología cuya extensión programática es la transformación del trabajo humano en una versión de la energía térmica que permite a las máquinas un mayor margen para funcionar y para fabricar otras máquinas que, trágicamente, carecen de capacidad para generar....valor.

En este sentido nuestro *Matrix* no puede ser más que provisional, ya que cuanto más se acerca a la versión perfeccionada de la película, más probabilidades hay de una crisis monumental, siendo así que los valores económicos caen por los suelos, llega una Gran Recesión y el surgimiento de las máquinas se revierte cuando la inversión en ellas se vuelve negativa. Desde esta perspectiva marxista, volviendo de nuevo a la película, la banda de los humanos liberados en los intestinos de la sociedad mecánica (que lideró la resurrección humana contra las máquinas) simboliza la resistencia humana a convertirse en capital humano; la inherente e irreducible hostilidad a la cuantificación que permanece en los corazones y en las mentes incluso de aquellos que gastaron todas sus energías intentando ser mercantilizados en beneficio de sus empleadores. La deliciosa ironía de ello es que la misma hostilidad que el capital trata de erradicar en el trabajo es lo que hace a éste capaz de producir valor y permite al capital acumularse.

¿Qué ha hecho Marx por nosotros?

En cierta ocasión, Paul Samuelson denigró a Marx calificándolo como un ricardiano menor.

A casi todas las escuelas de pensamiento, incluidos algunos economistas progresistas, les gusta dar a entender que, aun siendo Marx un personaje de gran vuelo, muy poco, si algo, de su contribución continua siendo relevante en la actualidad. Me permito diferir.

Además de haber captado el drama básico de la dinámica capitalista (véase la sección previa), Marx me ha proporcionado los instrumentos con los que volverme inmune a la propaganda tóxica de los enemigos liberales de la libertad genuina y de la racionalidad. Por ejemplo, es fácil sucumbir a la idea de que la riqueza se produce de forma privada y luego un Estado poco menos que ilegítimo se la apropia a través de los impuestos, a no ser que uno haya tenido contacto primero con el sorprendente y punzante argumento de Marx de que es precisamente lo contrario lo que ocurre: la riqueza se produce *colectivamente* y luego es apropiada privadamente a través de unas relaciones sociales de producción y unos derechos de propiedad que, para su reproducción, se fundan casi exclusivamente en una falsa consciencia. Dígase lo mismo del concepto de autonomía, que tan bien suena en nuestro mundo “postmoderno”. También ella se produce colectivamente, a través de la dialéctica del reconocimiento mutuo, para ser luego aprovisionada privadamente. Si Marx hubiera sido tomado en serio (tanto, hay que decirlo, por los marxistas como por sus detractores), gran parte del humo acumulado durante años en los anales de los estudios culturales habría podido evitarse.

Recientemente Phil Mirowsky [7] ha subrayado, de forma elocuente, el éxito de los neoliberales en punto a convencer a un amplio abanico de gentes de que los mercados no constituyen solo un medio útil, sino también, en sí mismos, un fin inalienable. Que mientras que la acción colectiva y las instituciones públicas nunca son capaces de hacer las cosas bien, las operaciones sin trabas del interés privado descentralizado generan una especie de providencia mundano-divina que no sólo garantiza la producción de los productos adecuados, sino también la de los deseos adecuados, la del carácter adecuado, la del *éthos* adecuado, incluso. El mejor ejemplo de la estulticia neoliberal lo ofrece, huelga decirlo, el debate sobre el cambio climático y cómo enfrentarse al mismo. Los neoliberales se han lanzado a argüir que, si hay que hacer algo, debe consistir en crear un casi-mercado para los “males” (por ejemplo, un esquema de comercio de emisiones), ya que solo los mercados “saben” asignar adecuadamente el precio a los bienes y a los males. Para entender por qué esta solución de un casi-mercado está destinada a fracasar y —más importante aún, si cabe— de dónde sale la motivación para tales “soluciones”, nada mejor que familiarizarse con la lógica de la acumulación del capital que Marx esbozó y Michal Kalecki culminó y adaptó a un mundo dominado por una retícula de oligopolios.

En el siglo XX, los dos movimientos políticos que buscaron sus raíces en las reflexiones de Marx fueron los partidos comunistas y socialdemócratas. Ambos, además de sus propios errores (y, desde luego, crímenes) fracasaron, en detrimento suyo, a la hora de seguir a Marx en un aspecto crucial : en vez de tomar como bandera y conceptos organizativos los de la libertad y la racionalidad, optaron por la igualdad y la justicia, dejando la libertad para los neoliberales. Marx nunca dejó de insistir en eso : el problema con el capital no es tanto que sea injusto, cuanto que es irracional, condenando habitualmente a generaciones enteras a la pobreza y al desempleo y haciendo incluso de los capitalistas una suerte de autómatas guiados por la rabia y asimismo esclavizados por las máquinas que suponen poseer: viven con el miedo permanente de que, a menos que mercantilizan completamente a sus semejantes para servir más eficientemente a la acumulación de capital, dejarán de ser...capitalistas.

De esta suerte, si el capitalismo parece injusto es porque esclaviza a todos, trabajadores y capitalistas, a la manera de *Matrix*; porque despilfarra los recursos naturales y humanos; porque produce masivamente infelicidad, falta de libertad y crisis desde la misma “línea de producción” que escupe notables artilugios y una inimaginable riqueza. Al no haber sabido engendrar una crítica del capitalismo en términos de libertad y de racionalidad, como Marx consideraba esencial, la socialdemocracia y la izquierda en general permitieron a los neoliberales usurpar el cetro de la libertad y cosechar un triunfo espectacular en los torneos de las facultades y en las justas ideológicas.

[8]

Por seguir con el triunfo neoliberal, tal vez la dimensión más significativa del mismo sea lo que se ha venido en llamar “déficit democrático”. Ríos de lágrimas de cocodrilo se han derramado sobre el declive de nuestras grandes democracias durante las pasadas tres décadas de financiarización y globalización. Marx se hubiera carcajeado larga y sonoramente a cuenta de quienes parecen sorprendidos o aun indignados con el “déficit democrático”. ¿Cuál era el gran objetivo que amagaba tras el liberalismo del siglo XIX? Era, como Marx nunca se cansó de señalar, la separación entre la esfera económica y la política y el confinamiento de la segunda por la primera, en el bien entendido de que la esfera económica se entregaba al capital. Lo que observamos actualmente es el espléndido

triumfo del liberalismo en punto a alcanzar este objetivo a largo término. Tomemos, por ejemplo, la Sudáfrica actual, más de dos décadas después de que Nelson Mandela fuera liberado y de que la esfera política abarcara, por fin, a toda la población. El predicamento de la ANC fue que, para que se le permitiera dominar la esfera política, tenía que aceptar la impotencia en la esfera económica. Si alguien opina de forma distinta, le sugiero que hable con las docenas de mineros tenidos a punta de pistola por guardias armados pagados por sus patronos cuando se avilantaron a pedir un aumento de salario.

¿Por qué un marxista errático? Los dos errores imperdonables de Marx

Después de explicar por qué debo en gran parte a Marx la mucha o poca comprensión que haya llegado yo a tener de nuestro mundo social, quiero explicar ahora por qué estoy terriblemente enojado con él. Declararé, en otras palabras, por qué soy, *por elección*, un marxista errático e incongruente. Marx cometió dos errores espectaculares, uno de omisión y otro de acción. Sus errores continúan siendo importantes, porque estorban a la eficacia de la Izquierda a la hora de oponerse a la misantropía organizada, particularmente en Europa.

El primer error de Marx, el de omisión, es que no fue suficientemente dialéctico o reflexivo. No consiguió pensar suficientemente y guardó un prudente silencio en lo atinente al impacto de sus propias teorías en el mundo sobre el que teorizaba. Discursivamente, su teoría es excepcionalmente potente, y Marx fue consciente de ese poder. ¿Cómo es posible que no se preocupara de que sus discípulos, gente con una mayor capacidad para comprender sus ideas que el trabajador medio, pudieran usar el poder que las ideas de Marx les confería para abusar de otros camaradas, para construir su propia base de poder, para ganar posiciones de influencia, para atraer a estudiantes impresionables, etc.?

Para poner un segundo ejemplo, sabemos que el éxito de la Revolución rusa fue la causa de que el capitalismo, a su debido tiempo, retrocediera estratégicamente y concediera planes de pensiones y servicios de seguridad social, incluso la idea de forzar a los ricos a financiar a masas de estudiantes pobres para poder asistir a colegios y universidades liberales construidos ex profeso. Al mismo tiempo, vimos también cómo la hostilidad rabiosa hacia la Unión Soviética, con una serie de invasiones como primer ejemplo, originó la paranoia entre los socialistas y creó un clima de miedo que fue especialmente fértil para personajes como Joseph Stalin y Pol Pot. Marx nunca vio venir este proceso dialéctico. Simplemente, no tomó en consideración la posibilidad de que la creación de un Estado de trabajadores pudiera forzar al capitalismo a volverse más civilizado mientras que el Estado de los trabajadores podría infectarse con el virus del totalitarismo a medida que la hostilidad del resto del mundo (capitalista) hacia él crecía y crecía.

El segundo error de Marx, el de acción, fue peor. Y tiene que ver con su supuesto de que la verdad acerca del capitalismo podía descubrirse en las matemáticas de sus modelos (los llamados "esquemas de reproducción"). Este fue el peor servicio que Marx podía prestar a su propio sistema teórico. El hombre que nos equipó con la libertad humana como un concepto económico de primer orden, el investigador que elevó la indeterminación radical al puesto que le correspondía en la economía política, fue el mismo que terminó manipulando modelos algebraicos simplistas en los que las unidades de trabajo eran, naturalmente, cuantificadas sin resto, esperando contra toda esperanza sacar de esas ecuaciones algunas ideas adicionales sobre el capitalismo. Después de su muerte, los economistas marxistas perdieron largas carreras dejándose llevar por el mismo tipo de mecanismo escolástico y acabando con lo que Nietzsche describió en una ocasión como "las piezas del mecanismo que han fracasado". Inmersos por completo en debates irrelevantes sobre el problema de la transformación y qué hacer con ese problema, acabaron casi como especies en extinción, en tanto que el gigante neoliberal aplastaba todas las disensiones en su camino.

¿Cómo pudo Marx ser tan crédulo? ¿Cómo no vio que ninguna verdad acerca del capitalismo podía salir de un modelo matemático, por brillante que fuera? ¿No disponía acaso de los instrumentos intelectuales necesarios para darse cuenta de que la dinámica capitalista surge de la parte no cuantificable del trabajo humano, de una variable que nunca puede ser bien definida matemáticamente? ¡Evidentemente que los tenía, ya que fue él quien los forjó! No, la razón de este error es un poco más siniestra: lo mismo que los economistas vulgares a los que tan brillantemente reprendió (y que actualmente continúan dominando los departamentos de teoría económica), también él codició el poder que le confería la "prueba" matemática.

Si no me equivoco, Marx sabía lo que hacía. Comprendía, o tenía la capacidad de comprender, que una teoría del valor comprensiva no puede acomodarse dentro de un modelo matemático de una

economía capitalista dinámica, en crecimiento. Yo estoy convencido de que una teoría económica adecuada debe respetar la máxima de Hegel, según la cual “las reglas de lo indeterminado son ellas mismas indeterminadas”. En términos económicos, eso significa un reconocimiento de que el poder del mercado, y por lo tanto, el beneficio de los capitalistas, no pueden reducirse a su capacidad para extraer trabajo de los empleados; que algunos capitalistas pueden sacar más de un cierto conjunto de trabajadores o de una cierta comunidad de consumidores por razones externas a su propia teoría.

Por desgracia, este reconocimiento habría equivalido a aceptar que sus “leyes” no eran inmutables. Habría tenido que conceder a voces competidoras en el movimiento sindical que su teoría era indeterminada y, por lo tanto, que sus pronunciamientos no podían ser correctos de una forma única y sin ambigüedades. Que eran permanentemente provisionales. Pero Marx sintió una urgencia irrepresable por aplastar a gente como el Ciudadano Weston [9] que se atrevió a inquietarse porque una subida de salarios (conseguida por medio de la huelga) pudiera convertirse en una victoria pírrica si los capitalistas subían luego los precios. En vez de limitarse a *argumentar* contra gente como Weston, Marx decidió demostrar con precisión matemática que se equivocaban, que eran vulgares, acientíficos, que no valía la pena prestarles atención.

Algunas veces Marx se dio cuenta, y confesó haberse equivocado del lado del determinismo. Cuando pasó al tercer volumen del *Capital*, vio que incluso una mínima complejidad (permitiendo, por ejemplo, diferentes grados de intensidad de capital en distintos sectores) hacía descarrilar su argumento contra Weston. Pero estaba tan entregado a su propio monopolio sobre la verdad que pasó como una apisonadora por encima del problema, de forma deslumbrante pero demasiado abierta, imponiendo por decreto el axioma que finalmente vindicaría su “prueba” original; aquel con el que había propinado una colleja al Ciudadano Weston. Los rituales de la vacuidad son extraños, y son tristes cuando los llevan a cabo mentes excepcionales como la de Marx y un número considerable de sus discípulos del siglo XX.

Este empeño en tener la historia o el modelo “completos”, “cerrados”, la “palabra final”, es algo que yo no puedo perdonar a Marx. Después de todo, fue responsable de una gran cantidad de errores y, todavía más significativo, de autoritarismo. Errores y autoritarismo que son responsables en gran medida de la actual impotencia de la izquierda como fuerza del bien y como un freno a los abusos de la razón y de la libertad practicados actualmente por el grupo neoliberal.

La idea radical de Keynes

Keynes fue un enemigo de la izquierda. Le gustaba el sistema de clases del que él mismo había salido, y no quería tener nada que ver con los líos de los “de abajo”. Trabajó dura e inteligentemente para encontrar ideas que permitieran al capitalismo sobrevivir contra su propia propensión a los espasmos, potencialmente letales. Abierto de mente, libre de espíritu, pensador liberal burgués, Keynes tenía el raro don de no eludir los desafíos a sus propios presupuestos. En medio de la Gran Depresión, se mostró satisfecho de romper con la tradición marshalliana de la que procedía. Después de darse cuenta de que el empleo caía más profundamente cuanto más caían los salarios y de que la inversión no subía ni siquiera tras un largo período con tipos de interés a cero, no tuvo inconveniente en romper su “libro de texto” y reconsiderar el capitalismo y su funcionamiento.

Su radical revisión intelectual tenía que empezar en alguna parte. Empezó cuando Keynes rompió filas con sus pares e hizo lo impensable: visitar la discusión entre David Ricardo y Thomas Malthus, para ponerse del lado del clérigo. En medio de la Gran Depresión escribió en términos inequívocos: “(si) el padre de la economía del siglo diecinueve hubiera sido Malthus en vez de Ricardo, qué lugar tan sabio y rico sería el mundo actual!” [10] Con esta declaración inflamada Keynes no adoptaba ni la posición de Malthus a favor de los rentistas aristocráticos ni sus opiniones teológicas sobre el poder redentor del sufrimiento. [11] Keynes venía más bien a hacer suyo el escepticismo de Malthus en relación con: (a) la conveniencia de buscar una *teoría del valor* consistente con la *complejidad* y la *dinámica* del capitalismo y (b) la convicción de Ricardo, que más tarde vendría Marx a heredar, de que la depresión persistente es incompatible con el capitalismo.

¿Por qué Keynes no convergió con la posición de Marx que, de todos modos, fue el primer economista político que explicó las crisis como constitutivas de la dinámica capitalista? Porque la Gran Depresión no fue como otras recesiones, esas que Marx había explicado tan bien. En el Vol.1 del *Capital* Marx contó la historia de las recesiones redentoras, que se dan a causa de la doble naturaleza del trabajo y que originan períodos de crecimiento que llevan en su seno la próxima recesión, la cual, a su vez, engendra la próxima recuperación, y así sucesivamente. Sin embargo, no había nada de redentor en la Gran Depresión. El desplome de 1930 fue exactamente eso: un

desplome que se comportó como un equilibrio estático; un estado de la economía que parecía perfectamente capaz de perpetuarse indefinidamente, con la recuperación una y otra vez anticipada negándose tozudamente asomar por el horizonte aun luego de que la tasa de beneficio se recuperara respondiendo al colapso de los salarios y de los tipos de interés.

La joya de los “descubrimientos” de Keynes sobre el capitalismo fue doble: (A) el capitalismo era un sistema inherentemente indeterminado, presentando lo que los economistas llamarían actualmente equilibrios infinitos o múltiples, algunos de los cuales resultan compatibles con el desempleo masivo permanente; y (B) el capitalismo podía caer inopinadamente en uno de esos terribles equilibrios de forma repentina, impredecible, sin ritmo o razón, sólo porque una parte significativa de capitalistas llegaron a temer que así pudiera ser.

En un lenguaje llano, eso significa que, en lo que hace a la predicción de recesiones y de su superación por las fuerzas del mercado, “¡vaya usted a saber!” Que no hay manera de saber qué hará mañana el capitalismo, aun si a día de hoy no le pudiera ir mejor. Que puede muy bien ser que se dé de bruces y que no quiera volver a levantarse. La noción de “espíritus animales” de Keynes expresaba una idea profunda y radical: captaba la indeterminación de raíz insita en el DNA del capitalismo. Una idea introducida primeramente por Marx, con su análisis de la naturaleza dialéctica del trabajo, pero que luego, mientras escribía el *Capital*, descuidó para establecer sus teoremas como pruebas matemáticas indiscutibles. De todos los pasajes de la *Teoría General* de Keynes, esta idea del capricho autodestructivo del capitalismo es la que más necesitamos rescatar y utilizar para re-radicalizar el marxismo.

La lección de la señora Thatcher a la izquierda radical europea actual

Me trasladé a Inglaterra para ir a la universidad en septiembre de 1978, unos seis meses antes de la victoria de la señora Thatcher que transformó a la Gran Bretaña definitivamente. Ver cómo se desintegraba el gobierno laborista bajo el peso de su degenerado programa socialdemócrata me llevó a un error de primer orden: a creer que la victoria de la señora Thatcher tal vez fuera buena al provocar en las clases medias y obreras de Gran Bretaña el breve y agudo *shock* necesario para revigorizar la política progresista. Para dar a la izquierda la oportunidad de repensar su situación y de crear un programa fresco y radical aprobado a un nuevo tipo de política eficazmente progresista.

Incluso cuando el desempleo se dobló y luego triplicó como consecuencia de las “intervenciones” neoliberales radicales de la señora Thatcher, continué albergando la esperanza de que Lenin tenía razón: “las cosas tienen que ir a peor antes de mejorar”. A medida que la vida se volvió más fea, más brutal y, para muchos, más corta, caí en la cuenta de que me equivocaba trágicamente: las cosas pueden empeorar perpetuamente, sin que nunca lleguen a mejorar. La esperanza de que el deterioro de los bienes públicos, la disminución de la esperanza de vida de la mayoría o la extensión de las privaciones a cada esquina del país originarían automáticamente el renacimiento de la izquierda no era más que eso: ¡esperanza!

La realidad, sin embargo, resultaba penosamente distinta. Con cada vuelta de tuerca de la recesión, la izquierda se volvía más introvertida, menos capaz de producir un programa progresista convincente, y, mientras tanto, la clase obrera se dividía entre los que quedaban marginados y cortados de la sociedad y los reclutados para la mentalidad neoliberal. La noción de que las “condiciones objetivas” originarían de alguna forma las “condiciones subjetivas” de las que emergería una nueva revolución política era completamente falaz. Todo lo que surgió del thatcherismo fueron los chanchullos, la financiarización extrema, el triunfo de la galería comercial sobre el almacén de la esquina, el fetichismo de la vivienda y.... Tony Blair.

En vez de radicalizar a la sociedad británica, la recesión que el gobierno de la señora Thatcher preparó tan cuidadosamente, como parte de su guerra de clase contra el trabajo organizado y contra las instituciones públicas de la seguridad social y la redistribución —características de la política de posguerra—, destruyó permanentemente la misma posibilidad de una política progresista y radical en Gran Bretaña. Además, hizo imposible la misma noción de valores que trascendieran lo que el mercado determinaba como precio “adecuado”.

La dura lección que me enseñó en su día la señora Thatcher sobre la capacidad de una recesión duradera para socavar las políticas progresistas e infiltrar la misantropía en la fibra social la llevo conmigo en la crisis europea actual. Es más, es el determinante más importante de mi posición en relación con la eurocrisis, que ha ocupado mi tiempo y mi pensamiento casi exclusivamente durante los últimos años. Por eso no me duelen prendas a la hora de confesar el pecado que me atribuyen los

críticos radicales de mi posición “menchevique” en relación con la eurozona: el pecado de no optar por programas políticos radicales que busquen explotar la eurocrisis como una oportunidad para derrocar el capitalismo europeo, para dismantelar la horrible eurozona y para socavar la Unión Europea de los cárteles y de los banqueros en bancarrota.

Sí: me gustaría proponer este tipo de programa radical. Pero no: no estoy dispuesto a cometer dos veces el mismo error. ¿Qué conseguimos en la Gran Bretaña de principios de los ochenta promoviendo un programa de cambio socialista que la sociedad británica despreció mientras caía absolutamente en la trampa neoliberal de la señora Thatcher? Exactamente nada. ¿Qué es lo bueno hoy en día de preconizar el dismantelamiento de la eurozona o de la Unión Europea toda, cuando el capitalismo europeo hace todo lo que puede para socavar la eurozona, para dismantelar la Unión Europea y hasta para destruirse a sí propio?

Una salida de Grecia, Portugal o Italia de la eurozona llevaría rápidamente a la fragmentación del capitalismo europeo, arrojando como resultado una región con un superávit gravemente recesivo al este del Rin y al norte de los Alpes mientras el resto de Europa quedaba atrapada en una estanflación viciosa. ¿Quién se beneficiaría de ese desarrollo? ¿Una izquierda progresista resurgida como Ave Fénix de las cenizas de las instituciones públicas europeas? ¿O los nazis de Alba Dorada, los neofascistas de toda laya, los xenófobos y vividores y logrerros de viejo y de nuevo cuño? Yo no tengo la menor duda sobre quienes resultarían beneficiarios de la desintegración de la eurozona. Y en lo que a mí hace, no estoy dispuesto a dar alas a esta versión postmoderna de los años 30. Si eso significa que somos nosotros, los marxistas erráticos, quienes tenemos que tratar de salvar al capitalismo europeo de sí mismo, que así sea. No por amor o aprecio ninguno al capitalismo, a la eurozona, a Bruselas o al Banco Central europeo, sino sólo porque queremos minimizar los innecesarios costes humanos de esta crisis; porque queremos defender el sinnúmero de proyectos de vida presentes que se verán aplastados sin la menor contrapartida para las futuras generaciones de europeos.

Conclusion: ¿qué debemos hacer los marxistas?

Las élites europeas se comportan actualmente como una desdichada casta de dirigentes desafortunados, incapaces de entender ni la naturaleza de la crisis que tienen entre manos, ni las implicaciones de la misma para sus propios destinos (no digamos ya para el futuro de la civilización europea). De forma atávica, se han resuelto a saquear las magras reservas de los débiles y de los desposeídos, a fin de llenar los enormes agujeros negros abiertos por sus banqueros en bancarrota: y se niegan tercamente a reconocer la imposibilidad de la tarea. Después de haber creado una unión monetaria que: (A) despoja la macroeconomía europea de todos los elementos capaces de absorber un *shock*, y (B) garantiza que, llegado el *shock*, éste sea descomunal, se dedican ahora a practicar el negacionismo en la esperanza irracional de que los dioses intercedan con algún milagro si un número suficiente de vidas humanas son sacrificadas en el altar de la austeridad competitiva.

Cada vez que los alguaciles de la troika visitan Atenas, Dublín, Lisboa o Madrid; con cada pronunciamiento del Banco Central Europeo o de la Comisión Europea sobre la próxima etapa de la austeridad que debe realizarse en París o en Roma; me vienen a la mente las palabras de Bertolt Brecht: “la fuerza bruta está pasada de moda. ¿A qué enviar asesinos a sueldo, si basta con los alguaciles?” La cuestión es: ¿cómo resistirles?

Consciente de la culpa colectiva de la izquierda respecto al feudalismo industrial con el que condenamos a millones de personas durante décadas, en nombre de... políticas progresistas, trazaré sin embargo un paralelo entre las Uniones Soviética y Europea. A pesar de sus grandes diferencias, tienen una cosa en común: la uniformidad de la “línea del partido”, que, según parece, discurre desde la cumbre (el Politburó o la Comisión) hasta la base (cada ministrillo en cada estado miembro o el último de los comisarios repitiendo como loritos las mismas inanidades). Los dos *aparatchikii*, el soviético y el europeo, comparten la misma determinación, propia de una secta cristiana, de reconocer los hechos solo si son congruentes con los augurios y sus textos sagrados. El Sr. Olli Rehn, por ejemplo, que es el comisario europeo responsable de los asuntos económicos y financieros, tuvo recientemente la osadía de reprochar al Fondo Monetario Internacional la revelación de errores en el cálculo de los multiplicadores fiscales de la eurozona, ya que dicha revelación “...daña la confianza de los europeos en sus instituciones”. ¡Ni Leónidas Brezhnev se habría atrevido a hacer tamaña declaración pública!

Con las élites europeas sumergidas en un estado de negación y confusión tal, que les lleva, como a los avestruces, a enterrar la cabeza en la arena, la izquierda debe admitir que ahora mismo no está

preparada para cubrir el abismo que se abrirá con el colapso del capitalismo europeo con un sistema socialista que funcione, capaz de generar prosperidad compartida para las masas. Nuestra tarea debería ser, pues, doble: hacer un análisis del estado de la situación actual que los europeos bienintencionados no-marxistas que se han dejado tentar por los cantos de sirena del neoliberalismo puedan encontrar significativo. Y luego, seguir avanzando propuestas para estabilizar Europa, para poner fin a una espiral hacia el abismo que no hace, en último término, sino reforzar a los fanáticos e incubar los huevos de la serpiente. Irónicamente, quienes detestamos la eurozona tenemos la obligación moral de salvarla.

Al dirigirme a diversas audiencias, desde activistas radicales hasta directivos de fondos de riesgo, la idea es forjar alianzas estratégicas incluso con gentes inclinadas a la derecha con las que podemos compartir un interés muy simple: poner fin al círculo vicioso entre austeridad y crisis, entre Estados en bancarrota y bancos en bancarrota; un círculo vicioso que socava tanto al capitalismo como a cualquier programa progresista que pretenda reemplazarlo. Esa es la razón por la que defiendo mis esfuerzos para reclutar para la causa de la Modesta Propuesta a gentes tan distintas como los Bloomberg y los periodistas del *New York Times*, como ciertos diputados Tories o los financieros aterrados con la peligrosa situación de Europa.

El lector me permitirá terminar con dos confesiones finales. Si bien me satisface defender, como genuino radical de izquierda, un programa modesto para estabilizar un sistema que desprecio, no pretendo sentir entusiasmo por él. Puede que sea eso lo que *debemos* hacer bajo las circunstancias actuales, pero me entristece pensar que probablemente no alcanzaré a ver la adopción de un programa más radical. Por último, una confesión muy personal: Sé que corro el riesgo de ver inopinadamente mitigada mi tristeza al enterrar cualquier esperanza de ver reemplazado el capitalismo en el curso de mi vida agasajado por el sentimiento de haber resultado “agradable” a los círculos de la “sociedad bien”. El sentimiento de autosatisfacción por la lisonja de los poderosos de arriba ya hizo una vez mella en mí. ¡Y qué experiencia tan irracional, horrible, corruptora y corrosiva! Mi nadir personal llegó en un aeropuerto. Cierta personaje adinerado me había invitado a hablar sobre la crisis europea y había desembolsado la extravagante suma necesaria para comprarme un billete de primera clase. Cuando volvía a casa, cansado y después de llevar ya unos cuantos vuelos, me abría paso a lo largo de la larga cola de pasajeros de clase económica para llegar a mi asiento. De pronto noté con horror lo fácil que era que mi mente se infectara con el sentimiento de que “tenía derecho” a pasar por delante de los *hoi polloi*. [“la multitud plebeya”: en griego en el original inglés; T.] Me percaté de lo rápidamente que podía olvidar lo que mi mente izquierdista había siempre sabido: *que nada se reproduce mejor que el falso sentimiento de tener un pretendido derecho al privilegio*. Forjar alianzas con fuerzas reaccionarias, que creo que es lo que habría que hacer para estabilizar a Europa, nos enfrenta al peligro de ser cooptados, de echar a perder nuestro radicalismo con el confortable resplandor de haber “llegado” a los pasillos del poder.

Las confesiones radicales, como la que he intentado dejar por escrito aquí, son acaso el único antídoto programático contra los deslices ideológicos que amenazan con convertirnos en subalternos de la máquina. Si tenemos que construir alianzas con el demonio (por ejemplo, con el FMI, o con los neoliberales que, no obstante serlo, coinciden en el diagnóstico de lo que yo llamo “bancarrotocracia”, etc.), debemos evitar volvernos como los “socialistas”, que no consiguieron cambiar el mundo pero consiguieron cambiarse a sí propios mejorando... su circunstancia privada. La cosa está en evitar el maximalismo revolucionario que, en el fondo, ayuda a los liberales a superar cualquier oposición a su necedad autodestructiva, sin perder de vista nunca la intrínseca fealdad del capitalismo al intentar salvarlo de sí mismo por razones estratégicas. Las confesiones radicales pueden ayudar a conseguir ese difícil equilibrio. ¿Qué es, después de todo, el humanismo marxista sino lidia constante con aquello en lo que nos convertimos?

Notas:

[1] Este trabajo se basa en una conferencia del autor del 14 Mayo 2013 en el 6° Festival Subversivo de Zagreb, titulada “Confesiones de un marxista errático”. El esquema inicial de esta conferencia se publicó en *SinPermiso* el pasado mes de mayo (para verlo, pulse [AQUÍ](#)).

[2] Para ejemplos de la investigación resultante, véase Varoufakis (2013) y Varoufakis, Halevi y Theocarakis (2001).

[3] Véase Karl Marx (1844), *Manuscritos económico-filosóficos*.

[4] Marx en ‘Trabajo asalariado y capital’, publicado por primera vez en la *Neue Rheinische Zeitung*, Abril 5-8 y 11, 1849. [Conferencias en 1847]

[5] Véase Karl Marx (1844), *Manuscritos económico-filosóficos*.

[6] En el comienzo de *Matrix*, una guerrilla urbana que ayudó a nuestro Thomas Anderson, *aka* Neo, a escapar de “agentes” distinguidos, le ofrece una difícil elección entre dos píldoras. Si tomaba la píldora azul volvía a su cama y se despertaba por

la mañana pensando que todo había sido una pesadilla y continuando con su vida "normal". Pero si optaba por la píldora roja sabría la verdad sobre su vida y su sociedad. La curiosidad temeraria triunfa sobre el encanto de los placeres simples, y Neo rechaza la perspectiva de la ignorancia feliz que le ofrece la píldora azul, optando en cambio por la cruel realidad prometida por la roja.

[7] Véase Mirowski (2013).

[8] Para abundar en este argumento, véase Varoufakis (1991) y Varoufakis (1998).

[9] Véase *Salario, precio y beneficio*, de Marx, en donde el debate con el Ciudadano Weston es narrado por el mismo Marx.

[10] Véase su ensayo sobre Malthus, "Robert Malthus: El primer economista de Cambridge," escrito en 1933, en John Maynard Keynes (1972). *The Collected Works of John Maynard Keynes, Vol. X: Essays in Biography*, London: Macmillan. La cita aparece en las pag. 100-1. Publicado originalmente en *Essays in Biography*, 1933

[11] Malthus se hizo famoso al pronosticar que el crecimiento de la población sobrepasaría la capacidad de los recursos de la Tierra a pesar de nuestros esfuerzos y de que, por lo mismo, el hambre era un mecanismo « equilibrador » esencial. Siendo hombre de iglesia, lo explicaba como un designio divino : el sufrimiento de las masas, los estómagos vacíos de los hijos de los ebrios y las caras exhaustas de las afligidas madres eran una oportunidad divina al alcance de los humanos para acogerse al bien y luchar contra el mal.

[12] Ver Y. Varoufakis, S. Holland y J.K. Galbraith (2013). *Una Modesta Propuesta para resolver la Euro Crisis. Version 4.0* [<http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/vargal.pdf%5D>]

Bibliografía mencionada:

- Keynes, J.M. (1933,1972). "Robert Malthus: The First of the Cambridge Economists," penned in 1933, in *The Collected Works of John Maynard Keynes, Vol. X: Essays in Biography*, London: Macmillan.
- Marx, K. (1865,1969). "Wages, Prices and Profit" in *Value, Price and Profit*, New York: International Co.
- Marx, K. (1844,1969). *Economic and Philosophical Manuscripts*, in *Marx/Engels Selected Works*, Moscow, USSR: Progress Publishers
- Marx, K. (1849,1902). "Wage-Labour and Capital", first published in the *Neue Rheinische Zeitung*, April 5-8 and 11, 1849. [Delivered as lectures in 1847] Edited with an introduction by Friedrich Engels in 1891. Translated by Harriet E. Lothrop, New York: Labor News Company
- Marx, K. (1972). *Capital: Vol. I-III*. London: Lawrence and Wishart
- Mirowski, P. (2013). *Never Let a Good Crisis Go To Waste: How Neoliberalism survived the financial meltdown*, London and New York: Verso
- Varoufakis Y. (2013). *Economics Indeterminacy: A personal encounter with the economists' peculiar nemesis*, London and New York: Routledge
- Varoufakis, Y. (1991). *Rational Conflict*, Oxford: Blackwell
- Varoufakis, Y. (1998). *Foundations of Economics: A beginner's companion*, London and New York: Routledge
- Varoufakis, Y., J. Halevi and N. Theocarakis (2011). *Modern Political Economics: Making sense of the post-2008 world*, London and New York: Routledge
- Varoufakis, S. Holland and J.K. Galbraith (2013). *A Modest Proposal for Resolving the Euro Crisis, Version 4.0*, see <http://yanisvaroufakis.eu/euro-crisis/modest-proposal/>

Yanis Varoufakis es un reconocido economista greco-australiano de reputación científica internacional. Es profesor de política económica en la Universidad de Atenas y consejero del programa económico del partido griego de la izquierda, Syriza. Actualmente enseña en los EEUU, en la Universidad de Texas. Su último libro, *El Minotauro Global*, para muchos críticos la mejor explicación teórico-económica de la evolución del capitalismo en las últimas 6 décadas, acaba de ser publicado en castellano por la editorial española Capitán Swing, a partir de la 2ª edición inglesa revisada. Una extensa y profunda reseña del *Minotauro*, en *SinPermiso* Nº 11, Verano-Otoño 2012.

Traducción para www.sinpermiso.info: Anna Maria Garriga Tarré

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. Estamos realizando una campaña de microfinanciación que finalizará el 24 de diciembre para poder renovar la web. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una donación a: <http://www.verkami.com/projects/7097-sinpermiso-br-una-nueva-web-br-para-seguir-luchando>